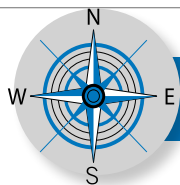


Andrés Gutiérrez ◀ “La plaza” y la superchería académica (I)



Contrapunto

“La plaza” y la superchería académica (I)

Andrés Gutiérrez¹

Investigador USAC

Resumen

El Instituto de Investigaciones Políticas y Sociales (IIPS) de la Escuela de Ciencia Política de la USAC publicó en 2019 los informes de investigación correspondientes a las tres áreas de estudio que lo componen. En dicho informe, el Área de Estudios Políticos (AEP) presentó una investigación sobre el ciclo de movilizaciones y protesta, acontecidos en Guatemala durante el 2015. *De la indignación al espectáculo: la plaza 2015*, es un abordaje que pretende analizar los acontecimientos desde una perspectiva teórica fundamentada en los aportes de autores franceses como Jacques Lacan, Jean Baudrillard y Cornelius Castoriadis. Sin embargo, como se pretenderá establecer a lo largo de la presente réplica, presentada en dos partes, todo el edificio teórico y algunas dimensiones del metodológico carecen de sustento académico riguroso. Lo que sigue, por lo tanto, es una crítica tanto al enfoque como a las conclusiones de un estudio que, desde la perspectiva del presente trabajo, carece de las herramientas para alcanzar los objetivos que se propone.

Palabras clave

La plaza, movimiento social, hiperrealismo, redes sociales, psicoanálisis.

1. Profesor en enseñanza media especializado en música por la Universidad del Valle de Guatemala. Licenciado en Sociología por la Universidad de San Carlos de Guatemala. Docente investigador en la Universidad San Carlos de Guatemala.

Andrés Gutiérrez ◀ “La plaza” y la superchería académica (I)

Abstract

In 2019, the Institute for Political and Social Research (IIPS) of the School of Political Science published the research reports corresponding to the three areas of study that constitute it. In this report, the Political Studies Area (PSA) presented an investigation about the cycle of mobilizations and protests that occurred in Guatemala during 2015. *De la indignación al espectáculo: la plaza 2015* is an approach that aims to analyze events from the theoretical perspective of French authors such as Jacques Lacan, Jean Baudrillard and Cornelius Castoriadis. However, as will be established throughout this reply, presented in two parts, the entire theoretical corpus and some dimensions of the methodological approach lack academic support. What follows, therefore, is a critique of both the approach and the conclusions of a study that, from the perspective of the present work, lacks the tools to achieve the proposed objectives.

Keywords

The square, social movement, hyperrealism, social networks, psychoanalysis.

Introducción

El Instituto de Investigaciones Políticas y Sociales (IIPS) de la Escuela de Ciencia Política de la USAC publicó en 2019 los informes de investigación llevados a cabo por dicho instituto. Entre ellos, un análisis sobre los acontecimientos y movilizaciones de 2015. Ello, desde la perspectiva del análisis de discurso y la valoración de productos ideológicos y demandas ciudadanas (AEP, 2019). Vale aclarar que esta investigación, la cual lleva por título *De la indignación al espectáculo: la plaza 2015*, es la continuación de una aproximación previa disponible en el número 55 de la Revista Política y Sociedad del mismo instituto (ambas llevadas a cabo por el Área de Estudios Políticos -AEP-). En esta entrega previa, denominada *Imaginario político de las protestas ciudadanas de 2015 en Guatemala: de lo simbólico a lo concreto*, el fenómeno de “la plaza” fue entendido como una disrupción y articulación de voluntades en torno a la denuncia. Asimismo, el objetivo consistió en interpretar el imaginario de indignación y protesta ciudadana, comprendiendo de qué forma influye la representación social de lo político a las generaciones futuras (AEP, 2018).

Sin embargo, en *De la indignación al espectáculo: la plaza 2015* se pretende abordar el tema desde una interpretación teórica alternativa. Si bien se mantiene una suerte de continuidad en el análisis de las representaciones sociales e imaginarios políticos/colectivos,² se añaden interpretaciones desde la óptica del psicoanálisis lacaniano y la lógica de los simulacros expuesta por el filósofo Jean Baudrillard. Además, se complementa el abordaje teórico con una aproximación metodológica cualitativa, llevando a cabo un trabajo de campo en el que, a través de entrevistas semiestructuradas, se recopilaban testimonios y opiniones de diversos actores y analistas relacionados con la cuestión.

Estructura de la crítica

La investigación de la AEP cuenta con seis apartados de contenido (descontando bibliografía y anexos). Una introducción que contiene la presentación general del estudio y los aspectos de carácter metodológico, cuatro capítulos y las reflexiones finales.

Dada la extensión de la crítica, se optó por dividir el artículo en dos partes. En su estructura original, el texto introducía a grandes rasgos la estructura capitular de la investigación llevada a cabo por el Área de Estudios Políticos de la ECP. Seguido, se tomaba cada apartado relevante por separado y se establecía la crítica por bloques. En esta nueva presentación, se respetará el contenido del documento original. Sin embargo, se ha optado por dividirlo de tal forma que, en esta primera parte, únicamente se incluirá la síntesis del primer apartado de la investigación, su respectiva crítica y las perspectivas globales de todo el texto a manera de conclusión preliminar para introducir el contenido de la segunda parte. Vale aclarar que en el primer apartado de la investigación se define tanto el desarrollo programático como las líneas teóricas generales. Por esta razón, la crítica que se realiza únicamente a este apartado condensa buena parte de lo que será el desarrollo siguiente.

En la segunda parte, por otro lado, se incluirá el resumen de los apartados de la investigación

2. En los objetivos se afirma que se utilizarán los “imaginarios políticos” como categoría de análisis y en el apartado metodológico se cambia a “imaginarios colectivos”.

restantes (capítulo I, II, III, IV y reflexiones finales de los investigadores), así como las críticas correspondientes y las conclusiones generales de la crítica.

Síntesis del primer apartado *De la indignación al espectáculo: la plaza 2015*

Introducción y nota metodológica

En el primer apartado, los investigadores aluden al trabajo *Imaginario político de las protestas ciudadanas de 2015 en Guatemala: de lo simbólico a lo concreto*. Describen a grandes rasgos el interés de presentar, desde una postura académica, un estudio que analice los eventos ocurridos en Guatemala. Ello, desde una perspectiva apoyada en el “concepto de imaginarios políticos, siendo central el interés por la invención de lo simbólico, la representación de lo político y la construcción de mitos, rituales, expectativas, memorias y discursos” (AEP, p. 138). Aun considerando el trabajo previo, se decantan por la hipótesis del fenómeno 2015 como una estrategia de control mediático orquestada por intereses externos, los cuales lograron

convencer a la población de que los sucesos ocurrían de manera genuina y espontánea. Asimismo, asumen que, en la medida que la construcción simbólica de las protestas se gestó en redes sociales, se puso en marcha “toda una estrategia de simulación que derivó en una política de la falsificación de la verdad (posverdad)” (AEP, pág. 138).

Además, se describe cómo, con el interés de analizar el discurso de algunos de los portavoces de la indignación ciudadana, se llevaron a cabo un total de trece entrevistas a tres grupos distintos de actores, a saber, académicos, generadores de opinión pública y organizaciones sociales. Esto, con los siguientes objetivos en mente.

- Explicar el contenido político e ideológico de la crisis política de 2015, tomando como base la teoría de las representaciones sociales y el concepto de imaginarios políticos.
- Examinar el rol de los actores políticos y sociales durante el período señalado [abril y agosto 2015].
- Identificar, en retrospectiva, los discursos y posiciones de los principales actores durante la “fase situacional”.

- Establecer las implicaciones para los movimientos sociales y las fuerzas políticas en la actualidad, como respuesta al escenario en desarrollo de cara al proceso electoral 2019 (AEP, 2019, pág. 140).

El apartado del espacio temporal de la investigación, por otro lado, indaga en la carga simbólica del evento “La plaza 2015”. Según los investigadores, este concepto, difundido por medios de comunicación, presenta una serie de características que orbitan alrededor de un “deber ser” ciudadano que “involucra la dimensión individual, pero también al *Otro* político, siguiendo el postulado lacaniano de «el *Otro* siempre está»” (AEP, 2019, pág. 141). Entonces, los autores expresan que, si bien “la plaza” expresa un lugar físico, también se relaciona con el “Otro”, causante de dicho malestar. Este espacio y dinámica sugiere, pues, “un lugar físico que muta en su resignificación alegórica”.

Para los autores, y esto es fundamental, la indagación que se realiza a través de esta investigación se encuadra en aquello que Sigmund Freud describió como un malestar en la cultura. Ello, dado que el tiempo que estos describen “está caracterizado por la glo-

balización, el hiperconsumo, la posverdad y el individualismo. En suma, por la caída del metarrelato y la búsqueda de sentido” (AEP, 2019, págs. 141-142). Desde esta perspectiva, prosiguen los autores del AEP (2019): “«La plaza» puede visualizarse como un «síntoma» social y las demandas ciudadanas el camino hacia la plenitud del goce político, una versión del «goce puro» lacaniano que nunca habrá de alcanzarse, pues su función instituyente es de carácter mítico (pág. 142).

Más adelante se describe el perfil de cada uno de los grupos de personas entrevistadas, así como la modalidad de entrevista llevada a cabo de acuerdo a las estrategias del trabajo de campo. Resaltando el trasfondo teórico de la investigación, insisten en que buscan dar seguimiento al estudio a partir de la noción de imaginarios sociales propuesta por el filósofo Cornelius Castoriadis. Al respecto, expresan lo siguiente:

En consonancia con la interpretación lacaniana de lo imaginario, lo simbólico y lo real, Castoriadis propone las dimensiones de lo imaginado y lo concreto, como materialización de anhelos y aspiraciones sociales que tienen lugar en el mundo psíquico de

Andrés Gutiérrez ◀ “La plaza” y la superchería académica (I)

los individuos, pero que se concretan en objetos o costumbres cotidianas (AEP, 2019, pág. 145).

Así, al dar tratamiento a las dimensiones conscientes e inconscientes del fenómeno en cuestión, terminan el apartado desligándose de los enfoques hegemónicos que privilegian la cultura política.

Crítica al primer apartado *De la indignación al espectáculo: la plaza 2015*

La perspectiva teórica de la investigación está fuertemente influida por la obra *Cultura y Simulacro* del filósofo Jean Baudrillard. Esto no es casual, desde hace varios años ha servido como el fundamento que le ha permitido al autor Mario Roberto Morales —uno de los críticos de las movilizaciones del 2015 con mayor relevancia—, describir los acontecimientos en torno a la lucha contra la corrupción. Dada la importancia del caso, será necesaria una digresión para analizar el uso que este autor hace de la noción de “simulacro”. Su postura se puede resumir, aunque no reducir, a partir de esta columna de opinión

publicada durante 2017, la cual se cita casi en su totalidad.

En materia de manipulación, el simulacro no es una mentira total que oculta una verdad total. Es más bien una verdad patente que sirve para encubrir otra que al poder le interesa mantener oculta o que se perciba como mentira [...] la cual no debe ser descubierta por las masas manipuladas, pues [...] necesitan aparecer ante sí mismas como las absolutas autoras de su destino. Por lo tanto, el simulacro — como dice Baudrillard— es verdadero. Es un instrumento real y concreto que sirve para disfrazar planes, acciones y objetivos de poder. Por eso, lo que interesa al pensamiento crítico es justo aquello que el simulacro oculta. Y esto obliga a desmontarlo.

La verdad oculta en este caso es que la “lucha contra la corrupción” desvía la organización popular anti-sistémica hacia el sueño de opio de que es posible tener gobiernos absolutamente transparentes que, por serlo, producirían países felices en los que habría trabajo, consumo, paz y prosperidad sin cambiar

Andrés Gutiérrez ◀ “La plaza” y la superchería académica (I)

un sistema económico que es esencialmente corrupto porque basa su reproducción en la apropiación privada del producto del trabajo social. Esta es la verdad. El resto es simulacro.

De aquí no se sigue que no se luche contra la corrupción. Se sigue que esa lucha debe ubicarse en el lugar que le corresponde dentro de las luchas intra-sistémicas, con las limitaciones que estas implican. También, como un mecanismo del poder para cambiar gobiernos inconvenientes para sus planes geopolíticos, a fin de lo cual recurre a otro simulacro: el de la “espontaneidad” de la movilización de masas, el cual oculta la verdad de que estas movilizaciones se inducen mediante otros simulacros (mediáticos) para que esas masas no sean capaces de discernir entre puesta en escena y realidad, ni hasta dónde sus decisiones “espontáneas” lo son (Morales, 2017).

Morales sigue a toda una corriente de autores ortodoxos que, como el filósofo Slavoj Žižek, ven con recelo cualquier tipo de reivindicación (en general de cuño cultural-identitario) que no cuestione al sistema

capitalista como un todo. En la medida que el discurso en contra de la corrupción enmascara, a través del autoengaño, los verdaderos problemas del país (e intereses y pugnas económicas internas/externas), es necesario justificarlo a través otros enmascaramientos que articulen el relato inducido. Sin embargo, surge una duda, si Morales expresa que Baudrillard —y él asumen los simulacros como verdaderos, ¿qué orden de “simulacro” definido por el filósofo francés utiliza?

En *El intercambio simbólico y la muerte* Baudrillard (1980) postula la existencia de tres órdenes de simulacros. El primero, definido por la *falsificación* en la época “clásica”, el cual suponía la copia de la naturaleza, lo real. Por esta razón, no se atentaba contra el principio de realidad. El segundo orden es el de la producción, esquema dominante en la era industrial. En él, la producción en serie ya no relaciona la copia con el objeto (referente), sino con otros objetos de la serie. Así, se empieza a quebrantar el principio de representación. En el último orden, la *simulación* en cuanto tal, es mediada por el código y los modelos.

Ya no hay falsificación de original como en el primer

Andrés Gutiérrez ◀ “La plaza” y la superchería académica (I)

orden, pero tampoco serie pura como en el segundo: hay los modelos de donde proceden todas las formas según las modulaciones de diferencias. Solo la afiliación al modelo da sentido, y nada procede ya según su fin, sino que procede del modelo, “significante de referencia” [...] Finalmente, no es la reproductibilidad serial lo que es fundamental, sino la modulación, no las equivalencias cuantitativas, sino las oposiciones distintivas, no ya la ley de las equivalencias sino la conmutación de los términos (Baudrillard, 1980, pág. 66).

Ya en *Cultura y simulacro* Baudrillard habría sugerido esta idea a través de la analogía de la imagen. Al respecto, expresa que las fases de la imagen muestran la siguiente tendencia. “Son el reflejo de una realidad profunda. Enmascaran y desnaturalizan una realidad profunda. Enmascaran la ausencia de realidad profunda. No tienen nada que ver con ningún tipo de realidad, son ya su propio y puro simulacro” (Baudrillard, 1978, pág. 14).

Como se puede observar, la definición que Morales (2017) utiliza como parte de su interpretación es la que en el Baudrillard de *El intercambio simbólico* es la de

un simulacro de segundo orden. Es decir, aquella que en *Cultura y simulacro* se define como el enmascaramiento y desnaturalización de una realidad profunda. No obstante, surge un inconveniente. Para Baudrillard, los simulacros avant la lettre son aquellos basados en modelos, donde no existen referentes que expresen la existencia de una realidad.

El momento crucial se da en la transición desde unos signos que disimulan algo a unos signos que disimulan que no hay nada. Los primeros remiten a una teología de la verdad y del secreto (de la cual forma parte aún la ideología). Los segundos inauguran la era de los simulacros (Baudrillard, 1978, pág. 14).

Por lo tanto, Morales no está hablando en los mismos términos que Baudrillard y, de hecho, está asumiendo explícitamente un modelo que retrotrae la noción de simulacro a la de ideología. Es decir, el simulacro, en tanto enmascaramiento de una realidad profunda, no es más que un rodeo hacia la noción de ideología en su sentido marxista, en tanto falsa conciencia. Por eso es que Morales (2017) puede decir que “lo que interesa al pensamiento crítico es justo aquello que el simulacro oculta. Y esto obliga

Andrés Gutiérrez ◀ “La plaza” y la superchería académica (I)

a desmontarlo”. En este sentido, ya sea a través de intereses oligárquicos o globalistas, ¿no sería ese pensamiento crítico nada más y nada menos que el marxismo desmontando la propia implantación de la ideología burguesa a diferentes escalas?

Aparece una curiosa contradicción en todo esto. Morales hace suyo el orden que plantea el enmascaramiento de la realidad (su carácter falso), al mismo tiempo que afirma que el simulacro es una verdad patente o es verdadero. Si el simulacro es verdadero (enmascara con una verdad otra cosa), significa que la “espontaneidad” de la que habla más abajo es realmente acción no inducida. Es decir, las manifestaciones, de hecho, y como aseguran los testimonios de casi todas las personas entrevistadas para la investigación *De la indignación al espectáculo: la plaza 2015*, sí han sido resultado de una indignación generalizada que ha motivado a salir a las calles. Una indignación que, por definición, no podría haber sido gestada por estímulos externos.

Por otro lado, la relación que él establece entre unos intereses geoestratégicos y las movilizaciones, mientras no se abandone un análisis que simplemente aduzca

la existencia *de facto* de dichos intereses, así como la aparente correlación existente entre el financiamiento de algunas organizaciones por la cooperación internacional y el mandato expreso de estas para actuar bajo ciertas líneas, es una falacia *cum hoc ergo propter hoc*. Es decir, asegurar que existen unos acontecimientos y unos intereses no vincula, a menos que se develen los mecanismos internos y operatorios concretos entre los actores, nada con nada. Es cierto, puede que haya una correlación entre eventos e intereses (el movimiento social, su dinámica interna y los intereses geoestratégicos), pero eso no implica en absoluto causalidad.

Regresando al tema en cuestión, lo cierto es que Baudrillard es un autor cuya propuesta teórica atrae a aquellos propensos a ver con cierto desprecio todo lo que tenga que ver con tecnología, específicamente tecnologías de la información. Sin embargo, se pasa por alto algo fundamental de su pensamiento. En primer lugar, su edificio teórico se levanta sobre un paroxismo postestructuralista. En segundo lugar, construye la noción de hiperrealidad sustentado en una tecnología específica, a saber, la televisión. ¿Qué quiere decir todo esto?

Andrés Gutiérrez ◀ “La plaza” y la superchería académica (I)

Para comenzar, habrá que recordar que, hasta la publicación del *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure en 1916, la disciplina consideraba al lenguaje como un medio auxiliar de comunicación. Es decir, como una herramienta que, regulada por factores extralingüísticos, transportaba significados externos e independientes de esta. Básicamente, era del objeto mismo de donde emanaba la palabra para nombrarlo.

Saussure, interesado no en habla o la comunicación, sino en el propio lenguaje como un sistema de signos, dirá que estos últimos se dividen en dos. Por un lado, un *significante* o la imagen fonética de lo representado. Por otro, el *significado*, a saber, la representación del objeto. Contra la noción convencional de la lingüística, dirá que el signo no une una palabra o un nombre con un objeto particular. Más bien, lo que se une es un concepto y una imagen fonética. Saussure (2013) dirá que el significante y significado se coimplican, “el significante no representa el significado, le está asociado” (pág. 80). La *significación* no es, pues, hasta cierto punto, producto del significado, sino de la relación entre significantes.

Asimismo, introduce la noción de valor. Para Saussure, el valor

debe comprenderse tanto desde el concepto (significado) como de la imagen fonética (significante). Así como recuerda Castrillo (2017):

Desde el punto de vista conceptual no es cierto, plantea ahora Saussure, que en la lengua nos encontremos con ideas dadas de antemano, sino con valores que emanan del sistema. Valores que son puramente diferenciales, definidos no positivamente por su contenido, sino negativamente por sus relaciones con los demás términos (pág. 83).

Entonces, el concepto no es más que un producto o resultado del valor que surge de la relación con otros valores similares dentro de una cadena de relaciones interdependientes. “En la lengua no hay más que diferencias sin términos positivos” expresa Saussure (2013, pág. 169). Ahora bien, Saussure tiene problemas a la hora de llevar a su última consecuencia el postulado de que en el lenguaje no existen referentes u objetos empíricos de los que realmente emane el significado. Ello, como señala Castrillo (2017), supondría anular la propia lógica del signo que previamente había definido como el punto de partida para el estudio del lenguaje. Ahora, luego de negar la existencia de términos positivos, aclara que esto

será solamente válido tomados el *significante* y el *significado* por separado. El signo, como un todo, mantiene algún referente positivo en su orden (Saussure, 2013).

No será este autor, sino otros autores, enmarcados en el posterior postestructuralismo, quienes, como Jacques Lacan, llevarán este juego de diferencias a su desenlace lógico. El psicoanalista francés postula la noción

de “significante sobre significado”. Ello, para describir cómo en el lenguaje —y por extensión en el inconsciente, puesto que el inconsciente está estructurado como un lenguaje—, la lógica no es la del signo, sino la del algoritmo.

Por un lado, vale la pena mostrar el esquema de Saussure para definir la relación entre significante y significado (signo).



Fuente: elaborado con base en Saussure (2013)

Como se puede observar, para Saussure existe una asociación directa entre significado y significante. Esto se remarca por el hecho que ambas expresiones del signo se encuentran envueltas en una elipse. Además, sitúa el significado arriba del significante (en buena medida, tratando de salvar algún orden positivo en el trasfondo de la relación). Sin embargo, el algoritmo de Lacan busca destruir cualquier nexo de esta naturaleza entre ambos. Asimismo, invierte la

posición de los términos, situando, precisamente, “significante sobre significado”.

$$\frac{S}{s}$$

La barra que separa el significante del significado, para Lacan, establece una brecha insalvable entre ambas dimensiones. Como expresa Castrillo (2017): “Donde para Saussure lo esencial es la

Andrés Gutiérrez ◀ "La plaza" y la superchería académica (I)

relación de reciprocidad, de asociación indisoluble entre ambos, Lacan introduce una resistencia [...] *que hace del significante algo separado del significado*" (pág. 85).

Así, Lacan establece que la significación no tiene en absoluto que ver con la referencia de la palabra a la cosa. Más bien, la significación es el puro resultado de relaciones entre significantes. Entre las dimensiones del signo de Saussure (significante y significado) desaparece por completo el vínculo que las unía. Ahora lo que existe es un algoritmo que expresa que "no hay asociación ni correspondencia biunívoca entre significante y significado. Por el contrario, lo que hay es un traspaso, una entrada funcional del significante en el significado. El significante es constituyente del significado" (Castrillo, 2017, pág. 87-88). Tampoco el significante es algo en sí mismo, sino en tanto una relación.

Desaparecen los referentes empíricos, solo existe una serie interminable de relaciones entre relaciones que definen de múltiples formas lo que el significado es. Estas relaciones son las que precisamente inauguran la era de los simulacros en Baudrillard. Son imágenes que ya "no tienen

nada que ver con ningún tipo de realidad, son ya su propio y puro simulacro" (Baudrillard, 1978, pág. 14).

Bajo esta perspectiva postestructuralista, Baudrillard construye otra noción, la de hiperrealidad. Esta no es más que el resultado de llevar la lógica del simulacro de tercer orden, el simulacro *avant la lettre*, hacia el plano de la comunicación mediática. Lo hiperreal es precisamente esa relación *ad infinitum* entre imágenes que ya no tienen un sustento con algún objeto posible de representar. No obstante, asegura Baudrillard (1978), en el hiperrealismo lo que se juega no es la distorsión de una presencia, sino el ocultamiento de una ausencia. "No se trata de una interpretación falsa de la realidad (la ideología), sino de ocultar que la realidad ya no es la realidad y, por tanto, de salvar el principio de realidad" (pág. 26).

El intenso bombardeo de las imágenes mediáticas y transparencia comunicativa genera una implosión del orden social mismo. De hecho, Baudrillard no duda en declarar la muerte de lo social y, por ende, del referente de toda sociología. Como describe Arthur Kroker (1988), Baudrillard construye, incluso, tres hipótesis que buscan determinar la (in)

Andrés Gutiérrez ◀ “La plaza” y la superchería académica (I)

existencia de lo real. En la primera hipótesis sostiene que nada ha funcionado socialmente. La relación social siempre ha sido una ilusión, una simulación. En la segunda hipótesis plantea que lo social siempre ha sido una suerte de *residuo*. Como expresa Kroker (1988): “La existencia de lo social como «residuo» es precisamente lo que hace de la máquina social un «procesamiento de desechos»; una forma de muerte más sutil, sin duda; el espectáculo del «amon-tonamiento y procesamiento desorbitado de la muerte»” (pág. 298). La tercera hipótesis aduce lo social como un simulacro de tercer orden. Es la “«ventilación del individuo como terminal de información» en el espacio hiperreal de la simulación” (Kroker, 1998, pág. 298). En palabras del propio Baudrillard:

La socialidad racional del contrato, la socialidad dialéctica (del Estado y de la sociedad civil, de lo público y lo privado, de lo social y del individuo) da paso a la socialidad del contacto, del circuito y la red transistorizada de millones de moléculas y partículas que se mantienen en un campo de gravitación al azar, magnetizadas por la constante circulación de las miles de combinaciones tácticas que las electrifican (en Kroker, 1988, pág. 299).

El propio Kroker reconoce que Baudrillard va más allá del modelo clásico de sociología. Plantea que el filósofo francés opera, más bien, como un físico cuántico del mundo procesado por la comunicación de masas. A contrapelo, nosotros diremos, junto a Sokal y Bricmont (1999), que todo esto no es más que una total impostura intelectual.

De cualquier forma, lo hiperreal es aquello que resulta, básicamente, del avance de los modelos comunicacionales tradicionales. Las millones de moléculas y partículas que orbitan al azar, únicamente aglutinadas por la circulación de combinaciones mediáticas, son las propias personas sentadas en las salas de sus casas electrificando su propia noción de la realidad a partir del bombardeo de imágenes que construyen el simulacro de lo real.

Este punto es fundamental, ya que lo hiperreal, desde la perspectiva de Baudrillard, es tal únicamente respecto a la televisión. Es de la televisión de la que emana el simulacro, lo virtual. De hecho, la propia lógica hiperreal – suponemos que al implosionar lo social– elimina o proscribiera cualquier tipo de acción. El propio Baudrillard (1991) expone que

nuestro virtual supera definitivamente lo actual, y

Andrés Gutiérrez ◀ “La plaza” y la superchería académica (I)

tendremos que contentarnos con esta virtualidad extrema que [...] disuade de pasar a la acción. Ya no estamos en una lógica de pasar de lo virtual a lo actual, sino en una lógica hiperrealista de disuasión de lo real mediante lo virtual (pág. 15).

Más adelante ahondará en este vínculo indisociable entre la hiperrealidad, la pasividad y la televisión. El siguiente pasaje es esclarecedor y, de hecho, a efectos de nuestro análisis, demoledor.

Pasar a la acción por lo general está mal visto: correspondería a un levantamiento brutal de la inhibición, y por lo tanto a un proceso psicótico. Parece que esta obsesión por el paso a la acción determina en la actualidad todos nuestros comportamientos: temor obsesivo a todo lo real, a cualquier acontecimiento real, a cualquier violencia real, a cualquier goce demasiado real. Contra esta obsesión por lo real hemos creado un gigantesco dispositivo de simulación que nos permite pasar a la acción *in vitro* (hasta resulta cierto para la procreación). A la catástrofe de lo real preferimos el exilio de lo virtual, cuyo espejo universal

es la televisión [el resaltado es propio] (Baudrillard, 1991, pág. 16).

En este sentido, habría muchas razones para mostrar recelo ante cualquier análisis que, partiendo de Baudrillard, pretenda establecer analogías respecto a dos tecnologías tan distintas como la televisión, los computadores e Internet, sobre todo, las redes sociales. De hecho, toda una corriente sociológica de pensamiento (cuya defunción aclama la retórica posmoderna baudrillardiana) ha hecho énfasis desde la década de los 80 sobre la peculiar relación existente entre tecnología y sociedad. No es objetivo de este trabajo caracterizar el enfoque sociológico de la tecnología, mucho menos los aportes del denominado enfoque sociotécnico alrededor de las redes sociales (Gutiérrez, 2019). Sin embargo, vale aclarar que, desde hace mucho tiempo, la cultura del nuevo capitalismo (Sennett) o el nuevo espíritu del capitalismo (Boltanski y Chiapello), dista mucho de ser aquella cultura de masas y enajenación radical descrita por apocalípticos como Baudrillard.

Asimismo, es necesario señalar que lo que sucede en redes sociales, e Internet en general, no

es falso en el sentido de *no ser real*. No lo es, precisamente, ya que Internet presupone, en primer lugar, un andamiaje físico y un régimen político-económico que lo sostiene y estructura (por ejemplo, la programación de los diversos algoritmos como un componente, además de matemático, político). En segundo lugar, porque la interacción en redes solo se genera a partir de sujetos operadores cuyas prácticas individuales y sociales se incardinan alrededor de estas. En tercer lugar, siguiendo el punto anterior, las redes sociales e Internet, en general, provocan cursos de acción. Esto vale tanto respecto al contenido que se produce (sea verdadero o falso), como a las emociones, sentimientos, acciones, hábitos, entre otros aspectos, que genera el uso de las mismas. No se trata, pues, de una realidad de segundo grado o una realidad degradada o abstracta.

Quien opere a contracorriente de esta premisa y con dicho prejuicio no podrá comprender ese *tejido sin costura* que supone la relación entre tecnología y sociedad. Quedará atrapado, ineluctablemente, en el pesimismo reduccionista del que solamente es capaz de ver manipulación y alienación en toda práctica sociotécnica. De esta forma, las conclusiones de

todo análisis, bajo esta perspectiva, estarán dadas *a priori*.

Por lo tanto, parece que el uso indiscriminado de nociones como simulacro o hiperrealidad tiene que ver más con un prejuicio analítico que con un fundamento *in re*. Quizá, incluso, se deba a una confusión semántica. Baudrillard utiliza en múltiples ocasiones la palabra virtual para definir el carácter hiperreal del simulacro. Se sabe que esta palabra quiere expresar algo precisamente como *no-real*. Por mucho tiempo la literatura utilizó el oxímoron *realidad virtual* para definir lo que sucede detrás de un computador, sobre todo, a través de Internet. Por su inoperancia, se ha abandonado este enfoque reductivo desde hace varias décadas. Sin embargo, parece ser que a esta confusión (cargada de cierto prejuicio) se remiten muchos que aun utilizan el corpus conceptual de Baudrillard.

Así, cuando los autores de la investigación expresan la posibilidad de repensar la protesta del 2015 como un producto *hiperreal*, lo justifican desde una concepción errónea del marco teórico desde el cual la conceptualizan y, sobre todo, desde un prejuicio infundado y anacrónico respecto al carácter *no-real* de las redes sociales. Para el Área de Estudios

Andrés Gutiérrez ◀ “La plaza” y la superchería académica (I)

Políticos del Instituto de Investigaciones de la Escuela de Ciencia Política, la movilización del 2015 fue virtual. Ello, “en la medida que su construcción simbólica tuvo en redes sociales su lugar preferente de gestación, poniendo en marcha toda una estrategia de simulación que derivó en una política de la falsificación de la verdad (posverdad)” (AEP, 2019, pág. 138).

Si los investigadores tuvieran razón, el carácter virtual o hiperreal de las redes sociales jamás habría permitido, por definición, articular alguna clase de manifestación, mucho menos durante tanto tiempo. Además, existen muchas razones para creer que la construcción simbólica de la manifestación no se gestó preferentemente en las redes. Los símbolos, más bien, son resultado de la confluencia de muchos factores en los que, principalmente, convergen los repertorios de los sujetos *ya en movimiento*. En esta sinergia, las redes pueden abonar como un componente más. Como sugiere Gabriel Wer, *#RenunciaYa* pasa a ser *#JusticiaYa* no gracias a las redes, sino a la confrontación directa de los actores de cara a los contextos y presiones internas y externas generadas en la plaza.

Las redes, específicamente Facebook o Twitter, poseen ciertas

capacidades que permiten a los actores disponer de ciertos recursos para la articulación, el debate o la difusión masiva de información. Lo mismo que para generar discursos de odio, noticias falsas y demás. No obstante, se debe insistir en el carácter no determinista de la relación entre redes y sociedad. Ni las redes, en tanto tecnologías, determinan a la sociedad, ni la sociedad determina por completo el uso de las mismas (Gutiérrez, 2019).

Más adelante, los autores proponen que “La plaza 2015” tuvo una serie de significados, valores y actitudes que se generaron en torno a “un deber ser” ciudadano. Además, unos ciudadanos “que demandan una representación modélica del ejercicio público, que involucra la dimensión individual, pero también al Otro político, siguiendo el postulado lacaniano «el Otro siempre está» “[el resaltado es propio] (AEP, 2019, pág. 140). Entonces, cabe preguntarse ¿quién es ese Otro?, ¿por qué recurrir a un concepto tan difuso para definir actores concretos? No obstante, más adelante aclaran quién es ese Otro al que refieren.

“La plaza” es un término que pone en juego al sujeto (que demanda el cese de la corrupción) e implícitamente al Otro, el causante de

su malestar. En caso alguno esa simbiosis conceptual no deja de lado las interacciones entre lo real y lo imaginario, lo simulado y lo verdadero [el resaltado es propio] (AEP, 2019, 141).

Parece que cuando utilizan la palabra “Otro” se refieren a la clase política. Además, aseguran que esa relación simbiótica entre conceptos no hace a un lado la relación entre lo real e imaginario, lo simulado y verdadero. Vale preguntarse ¿tendrá algún sentido todo esto? Quizá, para aclarar un poco el panorama, habrá que describir de manera en extremo *laxa* quién es ese Otro del que los investigadores creen habla Lacan.

Para Lacan no es lo mismo individuo, persona o sujeto. A él le interesará, sobre todo, el último. Por ello, hará énfasis en que el *sujeto* no se confunde el resto. Para diferenciar al sujeto de cualquier otra categoría, establece tres dimensiones, las cuales le dan soporte, a saber, lo Imaginario, lo Simbólico y lo Real. En primer

lugar, a Lacan le interesa resaltar cómo el yo, a diferencia de Freud, no es una unificación o mediación, sino un caos entre identificaciones imaginarias. “No es más que un objeto en el interior de la experiencia del sujeto que cumple una función estrictamente imaginaria” (Najles, 2017, pág. 138). Así, Lacan puede expresar que el yo es una imagen de unidad del cuerpo proveniente de un semejante, pero que requiere la intervención de un tercero que constituya el orden simbólico u orden signifiante (Najles, 2017).³

En una primera etapa del desarrollo del sujeto, el infante ejerce sus demandas biológicas y estas son respondidas por Otro primordial, quien generalmente cumple la función materna. Este Otro deberá introducir al infante a los significantes y normas del mundo. Posteriormente, Lacan utiliza el ejemplo del estadio del espejo para especificar cómo un infante es capaz de reconocer, más allá de los segmentos corporales que lo componen, su unidad. Ello, a partir del propio

3. La relación que se establece con el tercero generalmente es representada por el padre o, en otros términos, el Nombre del padre. Estas cuestiones, junto a la recuperación que Lacan hace de Hegel y el sentido que otorga a dicho tercero en tanto representante de un orden que excede el deseo de la madre, así como símbolo del orden socio-cultural, no se desarrollará en este lugar. Los siguientes párrafos, por lo tanto, asumirán implícitas dichas tesis.

Andrés Gutiérrez ◀ “La plaza” y la superchería académica (I)

autoreconocimiento a través de la intermediación de un semejante. Este semejante no es más que el Otro primordial. El registro de lo Imaginario inicia en este punto, en el que puede establecerse una identificación con el yo a través del otro (con minúscula).

Esta dimensión imaginaria aun no supone el lenguaje. Por lo tanto, lo Simbólico propiamente dicho inicia cuando el ser es ser hablante. Es decir, cuando es capaz de articular lenguaje. Así, ese Otro deja de ser la madre y se constituye en el mensaje mismo, “puesto que la demanda queda alienada en la palabra, o sea, en el campo del Otro” (Meyer, 2017, pág. 156). A partir de ese momento, y ya como adulto, el sujeto se acopla al registro de lo Simbólico y es capaz de comprender y actuar conforme a unas normas establecidas en la cultura. Por último, lo Real no es la realidad. Más bien, es lo no representable, lo no imaginado ni lo simbolizable. Desde el punto de vista postestructuralista, lo real supondría aquel registro ausente que hace del resto imaginado y simbolizable. Representar lo Real supondría desanudar el resto de registros. Pero esto es imposible, no se puede simbolizar, dado que se resiste a la formalización lingüística.

Por esta razón, un ego nunca es nada en sí mismo. Es más bien el resultado de las diferencias respecto a otros. Es decir, la identidad de ese yo no posee un referente más que la cadena diferencial entre alteridades. Por ello, dirá Lacan, el “yo es el otro”.

Ahora bien, ¿qué papel juega el Otro (con mayúscula) en todo esto? Para Lacan, ese otro no es más que lo Simbólico, a saber, “el tesoro de los significantes”. En ese Otro, representable únicamente por el todos y todo aquello que componen la cultura, descansa el principio del reconocimiento diferencial entre sujetos (que es lo inconsciente). Retomando la lógica postestructuralista, en esa cadena de relaciones entre Otros, el sujeto puede ser en cuanto es y se reconoce como tal. Solo así tiene sentido que en el yo siempre habrá un Otro.

La teoría del sujeto de Lacan objeta, además, toda intersubjetividad. Primero, porque el sujeto es el sujeto del inconsciente; segundo, por que el inconsciente es el discurso del Otro y, por lo tanto, el sujeto es hablado por el Otro [...] Si el hombre habla es porque lo simbólico lo ha hecho sujeto. [...] El sujeto es efecto, entonces, del orden

Andrés Gutiérrez ◀ “La plaza” y la superchería académica (I)

simbólico, definido como la articulación significativa misma. Decir que el sujeto es efecto de la articulación significativa equivale a afirmar que, en cualquier discurso, el sujeto está en el lugar de la significación [el resaltado es propio] (Najles, 2017, pág. 139).

Por lo tanto, ese Otro (con mayúsculas) no es nominable. ¿Qué sentido tiene, entonces, dentro de una investigación de esta naturaleza, asumir esta postura analítica? En ese Otro que nombran cabe cualquiera. Si bien existe, desde la postura lacaniana, una simbiosis entre sujetos (significantes), esta aplicación indiscriminada de Lacan no deja de ser mera retórica confusa. Ello, cuando no se respetan los principios analíticos que rigen los conceptos. Ese Otro es claramente la clase política, esta es nominable y concreta. No hay nada de metafísico en el asunto.

Es cierto, el psicoanálisis aporta una perspectiva interesante a diversas problemáticas. Sin embargo, no permite comprender a profundidad temas de esta índole más allá de brindar ciertas metáforas literarias estéticamente llamativas. Esto se debe a que – como ya habría sugerido Popper – con el psicoanálisis se puede decir de todo de cualquier cosa y no

decir nada.

Siguiendo con el desarrollo de la investigación, los autores señalan que siguen a Fair (2009) cuando este liga un retorno al “malestar en la cultura” freudiano a la “globalización, el hiperconsumo, la posverdad y el individualismo. En suma [...] la caída del metarrelato y la búsqueda de sentido” (AEP, 2019, pág. 141-142). De hecho, recuerdan que 1930 fue el año en que Freud publicó esta obra. No obstante, las analogías que establecen para caracterizarla desencajan completamente. En realidad, a cualquiera que haya leído *El malestar en la cultura* de Sigmund Freud, tales comparaciones le parecerán un tanto extrañas.

¿Qué dice realmente Hernán Fair en el texto que los autores citan? En un artículo que lleva por título *La elusión del síntoma social del capitalismo contemporáneo*, el autor elabora una pequeña descripción del tiempo actual. Es ahí cuando introduce la primera referencia explícita que se asemeja a lo citado por la AEP. Dice Fair (2009): “Se asiste, entonces, a un retorno al «Malestar en la Cultura», en el que el «desencantamiento del mundo», generado por la «muerte de Dios» y el fin de los grandes «metarrelatos», renuevan el sin sentido de la vida” (párr. 1).

Andrés Gutiérrez ◀ “La plaza” y la superchería académica (I)

De hecho, parece que el autor solamente está recurriendo a una serie de metáforas conocidas en la literatura académica de manera retórica para construir su caracterización (Freud, Weber, Nietzsche y Lyotard). En ningún momento se hace referencia particular a la obra de Freud. Esto es relevante, dado que si algo define *El malestar de la cultura*, no es el pesimismo derivado de la caída del metarrelato o el surgimiento de la posverdad. De nuevo, nos encontramos con una referencia innecesaria, errónea y confusa.

Sin embargo, los investigadores no acaban ahí. Seguido de esta cita y referencia a Freud, retoman a Lacan. Así, según ellos “«La plaza» puede visualizarse como un «síntoma» social y las demandas ciudadanas el camino hacia la plenitud del goce político, una versión del «goce puro» lacaniano que nunca habrá de alcanzarse, pues su función instituyente es de carácter mítico” (AEP, 2019, pág. 142). Lacan tiene sus razones para explicar el por qué de la imposibilidad de la realización del goce. No obstante, en términos analíticos, no parece más que retórica realizar una analogía de esta naturaleza. ¿De qué versión del “goce puro” se está hablando?, en este caso particular, ¿por qué los actores preferirían abstenerse

de la realización de dicho goce?, ¿qué supondría a efectos prácticos la plenitud del goce en “La plaza”?

La única explicación de esta aparente arbitrariedad sería establecer que los actores de “La plaza”, en última instancia, no querían que nada cambiase. Ello, para mantener cualesquiera condiciones que les permitieran seguir sintiéndose protagonistas de un cambio que nunca querrían realizar. Siendo esta la única explicación (un tanto perversa), más o menos acoplada al planteamiento teórico aplicado, vale la pena recordar a los autores que, una vez alcanzado el objetivo-eje que con mayor fuerza articuló la movilización (renuncia del binomio), las movilizaciones se disolvieron rápidamente.

Más adelante, y enfocados en explicar la *Estrategia de trabajo de campo*, los autores aclaran que su investigación siguió las dimensiones intelectuales propuestas por el filósofo Cornelius Castoriadis respecto a los imaginarios sociales. En este sentido, aseguran que: “En consonancia con la interpretación lacaniana de lo imaginario, lo simbólico y lo real, Castoriadis propone las dimensiones de lo imaginado y lo concreto, como materialización de anhelos y

aspiraciones sociales que tienen lugar en el mundo psíquico” [el resultado es propio] (AEP, 2019, pág. 145). Sin embargo, hay fuertes indicios, adentrándose a la lectura de ambos autores, para considerar que no existe tal consonancia.

No es este el lugar para desarrollar la propuesta teórica de Cornelius Castoriadis. Baste decir que en Lacan el nudo entre lo Imaginario, Simbólico y Real no tiene una dimensión de cuño político como en este autor. Asimismo, mientras en Lacan desanudar cualquier de estos registros supondría el derrumbe del funcionamiento psíquico, para Castoriadis la dimensión fundamental y articuladora de lo social es lo imaginario.

Castoriadis, aunque desde un punto de vista psicoanalítico, bebe de Freud para desarrollar una noción de psique en tanto realidad ontológica que opera como una suerte de materia prima en la que se sostienen las significaciones. Es decir, las instituciones sociales. Por decirlo de alguna manera, existe una relación de dependencia pero

de irreductibilidad entre lo social en tanto un “mundo de vida” cargado de sentido (que el propio Castoriadis define como *significaciones imaginarias sociales*) y el sustrato de la psique.

En Castoriadis el mundo social es resultado de una *creación* derivada del ejercicio de un *imaginario radical*. Básicamente, es gracias a la imaginación, como aspecto central de la capacidad humana, que el *colectivo anónimo* (conjunto de todos los individuos de una sociedad en un momento histórico-social particular) pueden *crear* significaciones nuevas que se traducen en nuevas instituciones, valores y criterios que dan sentido (razón y dirección) a los individuos.⁴

Como expresa Cristiano (2012): “Estrictamente hablando lo social es un *ser imaginario*, no en el sentido de que no existe o es falso, sino en el sentido de que es un ser hecho de y por la imaginación” (p. 54). ¿Por qué se habla de *imaginario radical*? Por que para Castoriadis, las significaciones sociales son creadas por los propios individuos. Las *signi-*

4. Que llevan a otra noción, la del magma. Dada la imposibilidad de desarrollar este concepto por la confrontación que Castoriadis establece frente a lo que considera la ontología heredada, se ha preferido omitirlo de la explicación.

Andrés Gutiérrez ◀ “La plaza” y la superchería académica (I)

ficaciones imaginarias sociales son instituidas e instituyentes. Pero estas, como toda institución, no son deterministas o transhistóricas. Es la imaginación, en tanto imaginario radical, lo que permite a una sociedad crear nuevas significaciones. Es radical porque, como asegura Tello (2003):

Está en la raíz del mundo humano. A diferencia de la «imaginación» animal, que se vincula con el «instinto» (por ejemplo el olfato, que le advierte de peligros cercanos), el hombre tiene una imaginación «autónoma»: «Tiene la capacidad de formular lo que no está, de ver en cualquier cosa lo que no está allí» (pág. 15).

Así, en Castoriadis lo simbólico está subsumido en lo imaginario, que escapa de la lógica de lo real y lo racional. La imaginación no es racional o no surge de la racionalidad o lo real no por ser “irrepresentable”. Más bien, debido a que lo imaginario, como expresa Cristiano (2012): “No surge de nada que podamos «ver» o percibir con los sentidos, ni de nada que podamos argumentar

o razonar. «No surge» quiere decir que no se deriva en forma directa e inevitable” (pág. 24). La creación derivada del imaginario radical, si bien bajo ciertos condicionamientos (unas morfologías naturales o ciertos elementos de instituciones previas), crea nuevas determinaciones y *significaciones imaginarias sociales* previamente inexistentes.

Todo ello se debe sumar a ciertas discrepancias respecto cuestiones relacionadas con el psicoanálisis (socialización, teoría del sujeto en Lacan y psique como mónada en Castoriadis, entre otras). Por lo tanto, no solo no puede haber una consonancia, sino que lo que se observa es una interpretación errónea de Castoriadis. Lo imaginario no es materialización de anhelos o aspiraciones. Además, lo “concreto” ni siquiera forma parte de las categorías del autor.

Conclusiones y críticas preliminares de la investigación⁵

Habiendo establecido el panorama general sobre el cual se trabajará,

5. Este apartado introduce conclusiones generales luego de la lectura y síntesis de toda la investigación. Aquí sirven como conclusiones preliminares que, una vez publicada la segunda parte de la crítica, adquirirán unidad y sentido como perspectiva global sobre la investigación analizada.

Andrés Gutiérrez ◀ “La plaza” y la superchería académica (I)

se nos permitirá terminar, por un criterio estrictamente pedagógico, por las conclusiones que se puede sacar después de analizar dicha investigación.

En primer lugar, que el análisis teórico de la cuestión, específicamente el uso indiscriminado de herramientas propias del psicoanálisis lacaniano, la propuesta de Jean Baudrillard y la apropiación de las categorías de imaginación de Castoriadis, fallan todas y cada una en su cometido. No se trata que su potencia analítica no logre aprehender el problema del movimiento social o eso que denominan “La plaza”. Se trata, más bien, de que son aplicadas a través de lecturas parciales y, según se demostrará, quizá inexistentes de los aportes de cada autor.

En segundo lugar, que este tipo de abordaje cae en los mismos prejuicios analíticos contra los que se opone. El problema, según se irá avanzando, consiste en la inexistencia de una definición clara de lo que es un movimiento social. Asimismo, se muestra una incapacidad al momento de hacer converger las nuevas tecnologías digitales con esa imagen difusa de movimiento social, privilegiando criterios basados en resultados que no se acoplan a las características del objeto de estudio.

En tercer lugar, que la investigación muestra múltiples incoherencias metodológicas a la hora de construir las hipótesis explicativas y las conclusiones finales. Ello sugiere que, pese a los resultados obtenidos a través del trabajo de campo y los objetivos propuestos, los investigadores se decantaron por una postura parcial respecto al análisis.

Referencias bibliográficas

- Área de Estudios Políticos [AEP]. (2018). Imaginario político de las protestas ciudadanas de 2015 en Guatemala: de lo simbólico a lo concreto. *Revista Política y Sociedad*. 55(2018), págs. 5-35.
- Área de Estudios Políticos [AEP]. (2019). De la indignación al espectáculo: la plaza 2015. *Revista Política y Sociedad – Informes de Investigación– 2019*. 1(2019), págs. 137-220.
- Baudrillard, J. (1978). *Cultura y simulacro*. Barcelona, España: Kairós.
- Baudrillard, J. (1980). *El intercambio simbólico y la muerte*. Barcelona, España: Monte Avila Editores.
- Baudrillard, J. (1991). *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Barcelona, España: Anagrama.

- Castrillo, D. (2017). Lacan y la lingüística estructural de Ferdinand de Saussure. En Chorne, M. y Dessal, G. (eds.), *Jacques Lacan. El psicoanálisis y su aporte a la cultura contemporánea* (pp. 81-92). Madrid, España: Fondo de Cultura Económica.
- Cristiano, J. (2012). *Lo social como institución imaginaria. Castoriadis y la Teoría Sociológica*. Córdoba, Argentina: EDUVIM.
- Fair, H. (2009). La elusión del síntoma social del capitalismo contemporáneo. *Utopía y Praxis Latinoamericana*. 14(46), pp. 83-99. Recuperado en 15 de marzo de 2020, de http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S13155216200900030000&lng=es&tlng=es.
- Gutiérrez, A. (2019). Tecnología, redes sociales y cambio social. Una aproximación desde el análisis sociotécnico. *Revista Política y Sociedad*. 56(2018), pp. 53-70.
- Kroker, A. (1988). El Marx de Baudrillard. En Josep Picó (comp.), *Modernidad y postmodernidad* (pp. 293-319). Madrid, España: Alianza Editorial.
- Meyer, C. (2017). La demanda, el amor y el deseo. En Chorne, M. y Dessal, G. (eds.), *Jacques Lacan. El psicoanálisis y su aporte a la cultura contemporánea* (pp. 155-164). Madrid, España: Fondo de Cultura Económica.
- Morales, M. (1 de noviembre del 2017). *El simulacro es verdadero. Pero es una verdad que encubre otra que debe permanecer oculta*. Recuperado de: <https://elperiodico.com.gt/opinion/2017/11/01/el-simulacro-es-verdadero/>
- Najles, A. (2017). Teoría del sujeto. En Chorne, M. y Dessal, G. (eds.), *Jacques Lacan. El psicoanálisis y su aporte a la cultura contemporánea* (pp. 137-142). Madrid, España: Fondo de Cultura Económica.
- Saussure, F. de. (2013). *Curso de lingüística general*. Madrid, España: Akal.
- Sokal, A. y Bricmont, J. (1999). *Imposturas intelectuales*. Barcelona, España: Paidós.
- Tello, N. (2003). *Cornelius Castoriadis y el imaginario radical*. España: Campo de ideas